

UNA RECEPCION Y UN DEBATE

En el palacio de la plaza de Oriente, residencia del jefe del Estado, fueron recibidas con ulajoso ceremonial las comisiones de los dos cuerpos que legislan.

Se entonó, por ambos presidentes, ministro uno de aquel Gobierno que borró nuestro nombre de los dos grandes océanos, y presidente el otro de la famosa comisión de París, que selló, á nombre de España, el más desdichado de los tratados que daba fin á un imperio, y enterró en el polvo la famosa ley enda de la raza.

En documentos empalagosos, de un sabor gongorino y adulador, presentaron á la regencia el testimonio de su lealtad, lealtad política de los Moret y de los Montero Ríos; y entre eufemismos propios de un estado social y político que descansa en la ficción y en el disimulo artificioso, entonaron el himno de conclusión de un régimen que muere de muerte constitucional, con el inmenso lastre de las mayores desventuras nacionales.

Virtudes de viuda, desde los de madre amantísima y todas las notas del incienso, para dar un tremendo salto á la época negra de los últimos años, y hablar todavía de horizontes, de esperanza ante la perspectiva de un mañana que, si quieren presentarlo como nuevo, por mucho esfuerzo teórico no conseguirán sino una continuación más triste que lo que acaba.

Todo el mundo oficial desfiló ante la realeza y rindió espaldas ante el Poder. Desde los múltiples colores de uniformados maestrantes, de esas órdenes que no sabemos ya lo que representan, hasta los oscuros y cebosos sayones de la frailería, no faltó ninguno de los congregados á estas ceremonias.

La plana mayor de los conservadores se ostentó orgullosa y atildada, con ese atildamiento del dandy cursi. El Gobierno uniformado, pero no unido.

Desfiló también el ejército de la Patria, quizá recordando con tristeza que aquellos ministros que aquel grupo numeroso de conservadores, que aquellas abigarradas comisiones de frailes, son los mismos que le hicieron regular y repatriarse ante dos centenares de soldados americanos, sin combatir y avergonzados de no haber escrito una página en la historia militar del último tercio del siglo XIX.

Vara del Rey, el héroe del Caney, se presentó ante su vista, y desfilaron tristes y preocupados.

En el Congreso se esperaba un debate en que, como el día anterior, la reacción nea libraba la batalla contra la libertad. La republicana Valencia era el objeto.

Lloren: carlista, haciendo coro al Nocedal neo, integrista, papista y ultramontano, rompió el fuego ofendiendo á los liberales valencianos.

Silvela, queriendo recoger su dirección política, que Nocedal le arrebatara, el día antes excitó las pasiones, y faltando á todos los respetos, con abuso de su posición en la Cámara y en ausencia del popular y elocuente Blasco Ibañez, le aplica conceptos de mal gusto, y amenazó con que el día que vuelva al Poder empleará todos los resortes de la fuerza y todos los recursos del ingenio para concluir con la preponderancia de los republicanos en la hermosa ciudad de las flores.

El espectáculo fué admirable por la actitud del Gobierno y por la valentía y habilidad con que Rodrigo Soriano suele devolver los golpes y volver las palabras al cuerpo á los que, desde las alturas, se atreven á fulminar durísimos conceptos contra los que han conseguido los favores y la confianza del pueblo, y contra ese pueblo que se ha emancipado y ha concluido con todas las malas artes de los gobiernos, para desvirtuar el sufragio y para sacar triunfantes de las urnas los protegidos de ministros ó de jefes más ó menos discutidos de la oposición conservadora.

La jornada de ayer nos ha demostrado que si otras cuatro ó seis grandes capitales de España imitarán el ejemplo de Valencia, que bien pueden, porque elementos sobrados tienen los republicanos para hacerlo, el problema quedaría resuelto en horas; daríamos con ello la razón á

los monárquicos de todas procedencias, cuyo sistema consiste en transigir con el fuerte y con el atrevido, y poner el pie encima al poco resuelto y falto de energías.

Creemos que el debate se reproducirá con la intervención de Blasco Ibañez, y en él quedará sentado por modo admirable que Valencia es republicana, y que no consentirá, con Silvela y su Silvela, que nadie atente contra su voluntad ni contra sus caudillos.

A. A.

Murmuraciones

Hoy, si quiero murmurar, habré de hacerlo á pulso; quiero decir: no hallo en la Prensa nada que reclame mi augusta atención... (Augustínemos, ya que á nosotros los periodistas no nos cuesta dinero ni trabajo.)

He repasado la prensa madrileña, esa mamá loca, pero querida y amada de todos nosotros los provincianos, y no encuentro en ella nada extraordinario, sino lo vulgar, lo corriente, lo anodino, la olla podrida...

Ni Silvela se bate con Blasco Ibañez, ni Blasco Ibañez se bate con Silvela... Para que dos hombres no peleen basta que haya por en medio cuatro amigables componedores.

No quiero yo decir con esto que los padrinos de uno y de otro no hayan cumplido su misión. Antes bien, creo firmemente que los padrinos en un duelo tienen la misión de evitar á todo trance el que se derrame la sangre, y sólo cuando no hay medio hábil y decoroso de zanjar la cuestión se debe de apelar á que se rompan la crisma.

Suponíamos desde un principio que el señor Silvela no aceptaría el reto, porque «hombre provocador, hombre cobarde», por lo demás, dada su significación en la política general del país, y el escándalo y maraña armados, y las influencias de Palacio, por en medio, era de creer que concluyera como ha concluido, al parecer.

Vanos serán todos los esfuerzos del señor Blasco Ibañez, quien dice que no se conforma con el acta levantada; porque si en verdad y en conciencia ha declarado—que no tenía por qué declararlo—que las ofensas hechas en su periódico al tal Silvela llevaban una firma que no era la suya, apesar de eso, agua pasada no mueve molino, y ya no le queda otro recurso que devolverle golpe por golpe en el mismo seno de la Representación nacional, para que tenga la misma resonancia y el mismo ambiente la defensa que la ofensa, el insulto intempestivo é injusto y el castigo justificado y severo.

Nada vamos ganando en que estos dos hombres se peleen como los gallos, después de anunciarlo al público por medio de prospectos... Para los lances llamados de honor no hay otra medicina más resolutiva que la publicidad: ella los mata con el ridículo cuando no con sus protestas.

El Guadalquivir undoso se nos viene por arriba, y si Dios no lo remedia con su majestad olímpica, ordenando que sus aguas hacia el mar vayan aprisa, se arriarán nuestras vegas, y las cosechas perdidas aumentarán los disgustos en la ciudad de Sevilla...

—Bueno; pero á todo esto, las defensas conseguidas para evitar arriadas...

—¡Siguen en las oficinas!

Aunque, en verdad, no hacen falta...

Nuestro Arzobispo, en el día que se dió la paletada de tierra ó arena fina, nos dijo solemnemente:

«Una bendición divina, una bendición del cielo, acabo de echar encima de estas tierras... y, por tanto, las arriadas claudican.»

No haya temor, labradores; y no hay ya que gemir, hijas de Jerusalén... Que suban las aguas á la cornisa última de la Giralda...

Con la bendición divina, que nos caigan chaparrones...

¡Nos moriremos de risa!

Como no cesa de llover, y el río, por consiguiente, no cesa de subir, parece que nuestras autoridades municipales, provincial y gubernativa, van á celebrar una reunión importantísima con objeto de prever la ruina que se acerca, no á pasos agigantados, sino á chaparrón por minuto.

El Sr. D. Manuel Héctor pasará citación á las autoridades susodichas, y éstas, reunidas, acordarán:

1.º *Nombrar una Comisión* para que ésta se aviste inmediatamente con el río Guadalquivir y le haga saber, con todas las formalidades necesarias, que ya está acordado oficialmente desarrollar el proyecto de defensa contra las arriadas.

2.º *Nombrar una Comisión* para que, lo más pronto posible, se ponga al habla con el señor Arzobispo de la diócesis, y solicite de dicho virtuoso varón que tenga efecto la bendición del cielo que echó sobre el Tagarote y el Tamargullo—como él dice—para que ambos arroyos no se salgan de madre, sino que se queden dentro.

3.º *Nombrar una Comisión* para que ajuste la cuenta de las maldiciones que van á caer encima de todos los señores que diariamente están sacrificándose por Sevilla, sin que Sevilla haya sentido todavía los efectos saludables de esos sacrificios, que siempre se traducen en *comia* y en *bebía* para los señores del margen municipal, provincial, militar y eclesiástico.

4.º *Nombrar una Comisión* para que pase á contratar con el Cabildo Catedral un solemne *Te Deum laudamus* para que las aguas no lleguen ni al Ayuntamiento, ni al Gobierno civil, ni al Palacio arzobispal, únicos edificios que hay necesidad de librar de las arriadas, porque bastante arriados están ya.

5.º *Nombrar una Comisión* para que ésta reclame del teniente de Alcalde señor *Pepitilla*, condecorado con una cruz por *mérito naval*, para que se ponga al frente y dirija los trabajos de salvamento entre los balseros, lancheros y demás acarreadores de náfragos callejeros.

7.º *Nombrar una Comisión* para que proceda á la búsqueda, en los almacenes municipales, de los tablonos y borriquetes que han servido en las cuatrocientas arriadas sufridas, á ver si tiene la suerte de encontrarlos, ¡que no los encontrará, porque se habrán derretido con el calor!

6.º ¡No fornicar!
Y 8.º y último. Reclamar de los médicos de la Beneficencia—para que no haya que pagar la consulta—que compongan una purga-vomitivo para hacérsela tomar á todos aquellos que, á cuenta de haberse inaugurado las obras de defensa contra las arriadas—que no se han inaugurado, ni Villanueva que lo inventó—se hartaron de comer y de beber, y de holgarse y divertirse, por cuenta ajena.

Nombradas dichas Comisiones, y conociendo, como conocemos, las envidiables cualidades que adornan por adelantado á todos los que sean priferidos, podremos esperar sentados en casa á ver el agua correr por la puerta de la calle, en la seguridad de que, si no nos subimos al tejado, la beberemos en pie.
¡Como si lo viera!

El diario de D. Virtuoso llama la atención del señor Gobernador de la provincia sobre lo acaecido en la reunión celebrada el 11 de Febrero en el Centro Republicano Social, en la que se gritó: ¡Viva la República!

—¡Qué escándalo!—dice el colega.—¡Pero aquí no hay ley ni autoridades!... ¿Cómo se permite gritar: ¡Viva la República!

Ignora el virtuoso pedestal de D. Virtuoso que lo único que aquí no se puede gritar es: ¡Viva el Papa Rey!, como ellos gritan cuando van de *juerga* con las bailarinas de los beaterios y las viudas revenidas.

Y no se puede gritar eso, porque es mentira, porque el Papa no es rey, aunque gane más que un rey, y porque se ofende con ese grito á una nación amiga.

Pero... ¡Viva la República! se puede decir, porque la República es una forma de gobierno reconocida y acatada y temida aun por el mismo Papa.

Beatucos egoístas, ¿nos metemos nosotros con ustedes cuando gritan ¡Viva San Cucufat! ó ¡Vivan San Juan Clímaco! Gritad hasta echar por la boca el último pecado.

¿No se ha de poder decir ¡Viva la República!

Verá usted como se puede:

¡Viva la República!

¡VIVA LA REPUBLICA!

¡VIVA LA REPUBLICA!

¡Eá!

Y ahora, si te parece, te vas en busca de don Virtuoso y le dices que me excomulge.

Y verás entonces lo tranquilo y lo satisfecho que me quedo.

En Málaga se está estudiando la manera de establecer un tren expreso diario entre dicha ciudad y Madrid.

El objeto principal que se persigue es que lleguen á la Corte los boquerones frescos y las sardinas saltadas.

¡Ah! Y que las pasas no lleguen tan arrugadas.

Me alegraré que los malagueños tengan mejor suerte que nosotros los sevillanos.

Aquí hace ya tres años que tenemos, ó tienen nuestros diputados, el tren expreso diario en estudio, y todavía no han podido hacer siquiera una rueda de la locomotora.
Pero, con el tiempo, se hará.

Al Sr. D. José Nogales, redactor de *El Liberal* de Madrid—cuya presentación no es necesaria, ni necesita calificativos encomiásticos—le mando en estas líneas un abrazo muy apretado por el recuerdo sincero, genial, hermoso y sentido, que me dedica en *El Liberal* de Sevilla de hoy.

Su artículo *me sabe á brisa sana, salutar, nacida de lo hondo del alma...*

Dando vueltas y revueltas en este espinoso camino, nos hemos encontrado una vez y nos hemos dado un abrazo.

Sea bien llegado hasta mí ese cariñoso recuerdo que tiene el noble sello de la sinceridad y el no menos apreciable de la ausencia...

¡Muy agradecido, D. José!

CARRASQUILLA.

Fragmentos de un diálogo

—¡La fé es la única que puede salvar al mundo!—Así exclamaba el viejo sacerdote para combatir las ideas atrevidas de aquel joven soñador que, abrumado por la duda que hoy pesa sobre todos, se había expresado con toda la viveza y el fuego de un alma juvenil sobre las miserias y luchas que afligen y combaten á esta sociedad, vislumbrando vagamente en el porvenir un término feliz, un sueño de dicha en el que había de realizarse el bienestar de nuestro linaje.

—La fé ¿en qué?—exclamó vivamente cuando hubo escuchado las palabras del anciano cura.

—La fé en Dios, en la religión verdadera, que si no proporciona en este mundo la felicidad, mitiga los anhelos, consuela los corazones y ofrece para después de la muerte una vida eterna de bienaventuranza.

—Mas el hombre desengañado no se contenta ya con esa problemática recompensa de ultratumba, sino que quiere algo más—replicó el joven con calor.—Ve posible su bienestar *aquí abajo* y aspira á conseguirlo. Las muchedumbres, por otra parte, recelosas y cansadas ya de su prolongado sufrimiento, piden su parte de goce y no se recatan para mostrar su desapego á toda religión, á toda creencia en un *más allá* fantástico é indemostrable, que consideran como la causa principal de su triste condición en la sociedad.

Una vez perdida la fé que les ayudaba antaño á sobrellevar con resignación su miseria, se alzan contra sus opresores y reclaman lo que con justicia les es debido: un puesto decoroso en el banquete de la vida. Y si hoy no lo esperan porque el mal entendido egoísmo de una clase tiende á perpetuar sin remedio la desdichada condición en que otra se encuentra, trabajan por alcanzarlo, alentados por la esperanza de que con sus esfuerzos podrán en un término, tal vez no muy lejano, transformar la sociedad, acabar con la miseria y ver reaparecer sobre la tierra la edad de oro que los poetas colocan en la cuna del mundo, «aquella edad venturosa en que los hombres ignoraban estas dos palabras de *tuyo y mio*».

—¡Sueños! ¡Utopías, y utopías funestas, nacidas en imaginaciones acaloradas por el extravío, con cuya revelación, acogida con avidez por los impacientes, por los ignorantes, fomentanse los odios y avivan las rencillas entre los hombres!

¡Mientras propagadas por ilusos y absorbidas con fruición por masas ineducadas! ¡Hazañas de la incredulidad! Con ellas despiértase en los pobres el orgullo que los ensorberce hasta el punto de rechazar la caridad como injuriosa.

¡Jamás triunfarán aquellos que se olvidan de Dios y prescindien de la religión por El dada, único bálsamo capaz de derramar el consuelo en las almas en su peregrinación por este valle de amargura!—concluyó gravemente el sacerdote.

—¡Sueños! ¡Utopías! Sí—objetó el joven con arrebatado.—Así se han denominado en sus comienzos todas las ideas, todas las doctrinas, todas las religiones que hoy dirigen la razón y gobiernan

nan las almas. Todas han tenido su periodo obscuro de persecución y catacumbas. La que obliga a usted a vestir esos hábitos no se ha escapado a tan fatal destino. Lejos de ello, sus persecuciones fueron las más sangrientas y hasta el mismo que les dió a conocer con sus predicaciones, la selló con su sangre. Pero no por eso murió la idea. Combatida en todas partes por el inmenso poder de Roma, señora entonces del mundo, después de cada persecución reaparecía con nuevo vigor, con nueva y más robusta vida, como si la sangre de sus mártires fuera savia poderosa que viniera tras cada hecatombe a comunicar nueva lozanía a la fe porque sucumbían. ¡Y era vano cuanto los entonces poderosos hicieron por extinguir aquel fuego que había de reducir a cenizas el antiguo mundo!

Hoy, empero, y tras rudos combates sufridos en el transcurso de los siglos, llegó para ella su última hora. Una nueva fe vino a sustituirla. El hombre, desengañado, espera más en la ciencia y en su labor lenta, pero segura, y la ciencia le dice: «Desconfía del más allá; realiza tu dicha en la tierra hasta donde fuere posible con los medios que yo te doy y los que dimanan de tu propia naturaleza; desecha el misticismo; desoye cuanto en nombre de una bienaventuranza, alcanzada después de la muerte, se te predique, porque esos no son más que cantos de sirena con que pretenden adormecerte para mejor dormirte. Y el hombre escuchando estos consejos, se apresta a la lucha, se acomoda a las necesidades de la vida presente y, desprendiéndose —aunque sea doloroso— y arrojando lejos de sí las mil doradas supersticiones que componían su sueño de esperanza en una Jerusalén celeste, espera en el amor a la vida alcanzar lo que el misticismo no pone a su alcance.

—¡Orgullo! ¡Orgullo, tú pierdes a los hombres—dijo el cura y replicó—:La ciencia no puede nunca más que satisfacer las exigencias de esta miserable vida; la religión, en cambio, la religión abre al alma inmensos horizontes de felicidad para después de la muerte.

—¡Cuánta pequeñez en todo aquí abajo!—prosiguió:—¡Cuánta grandeza se encierra allí arriba, tras el cielo azul, morada de dichas incomprendibles, mansión de bienaventuranzas donde se satisface esa ansia, donde se llena ese vacío que siente cada criatura en su ser y que se hace inmensidad cuando, al abandonar la vida, lanza el último suspiro! No, no. No es la ciencia, es la fe la que conquista la felicidad perdurable, y la caridad la que puede hacer más soportable la vida.

—¡La caridad! Hace diecinueve siglos que pereció en el Gólgota su generoso apóstol y los hombres siguen padeciendo miseria....

Yo he creído en la caridad, he soñado en ella; más ¡ah! me he desengañado.... He soñado una febril caridad apoderándose de todos los hombres, como si hubieran sido simultáneamente tocados con un dedo invisible. Los templos desahucados; los altares despojados como si hubieran sufrido el saqueo de un ejército bárbaro; las catedrales soberbias, los santuarios en otro tiempo suntuosos, los altares resplandecientes de oro y plata, las ricas vestiduras bordadas de pedrería... ¡todo había desaparecido!... Una severa desnudez había sustituido al antiguo esplendor en los recintos del culto cristiano, pero en cambio no había pobres.

Cristo había triunfado.
[La caridad hallaba asiento en todos los corazones!... ¡Pueriles visiones! No caridad; justicia es lo que debemos pedir—concluyó con impetuosa.

Y el gran maestro Zola, en un solo capítulo de su obra «París» la última parte de la monumental trilogía, presenta tres símbolos en los que pueden verse los anhelos del corazón, las nuevas direcciones que toma el pensamiento de la humanidad cuando se joye ya distintamente el crujido de todo lo viejo que se derrumba, y se entrevén en el lejano horizonte los primeros destellos de la aurora que ha de alumbrar un mundo más feliz.

Un Angel rechazado por el arzobispo por parecerle poco celestial, demasiado humano; una Caridad agrietada por el abandono en que la dejó el descontento del escultor, y una hermosa Fecondidad de amplias caderas y seno abultado por plétora de jugo, nueva y verdadera Eva de cuyas robustas entrañas ha de salir la generación fuerte, vigorosa, inteligente y buena del mañana.

La fe mentirosa sucumbiendo; la caridad arrinconada por inútil, y sólo la fecondidad, la vida y la felicidad terrestre triunfando.

C. M.

De actualidad

El marqués de Pickman parece dirigirá hoy en el Congreso una pregunta al gobierno respecto al trasiego constante de gobernadores en Sevilla, y que añadirá que el relevo del Sr. Manzano será altamente sensible.

El señor Sagasta ha manifestado que la anunciada combinación de gobernadores se firmará probablemente mañana.

En cuanto a la celebración de consejo de ministros en la presidencia—añadió—no sé cuando le convocaré.

Mañana, si hay tiempo después del consejo, que, como jueves, celebraremos en Pajacio presididos por la reina, quizás nos reunamos en consiio para cambiar impresiones, especialmente sobre la marcha de los asuntos parlamentarios.

Llegó ayer Blasco Ibañez, conferenciando largo rato con los padrinos.

En los círculos se comentan acaloradamente las diferentes versiones que circulan acerca de este asun, que es el que más preocupa la atención pública.

Hay gran expectación por el desenlace.

Se reunieron en el domicilio del señor Gasset los representantes de los señores Silvela y Blasco Ibañez, permaneciendo cinco horas largos reunidos, firmándose un acta redactada en términos caballerosos y dignos para ambas partes.

En este documento se consigna la declaración del señor Blasco, por la que se hace constar que el suelto que leyó en el Congreso el señor Llorens, ofensivo para el señor Silvela y publicado por *El Pueblo*, de Valencia, estaba firmado y no por él.

En vista de esta declaración sincera y leal, los testigos de ambas partes dan por terminada la cuestión, puesto que la declaración del señor Blasco implica su propia condenación; y en este caso el señor Silvela retira las frases molestas para el diputado por Valencia, quedando ambos en libertad de acción para juzgarse políticamente, como crean oportuno.

El señor Blasco parece ser que no acepta el acta.

Se asegura que el señor Blasco Ibañez ha escrito a los señores Muro y Bernal una carta muy atenta, en la que no se conforma con el acta levantada en la cuestión personal con el señor Silvela, por singulares motivos, aun que reconociendo la caballerosidad con que le han representado dichos señores.

Les anuncia su propósito de nombrar nuevos padrinos.

Se dice que el no aceptar el señor Blasco Ibañez el acta obedece a que en ella no se consigna de un modo expreso y terminante que el señor Silvela retira las frases que en la sesión del Congreso pronunció.

Créese que iniciará hoy el señor Nocedal en el Congreso un amplio debate contra el duelo, procurando que expongan su opinión los jefes de las minorías y el gobierno.

En San Sebastián ocurrió en la noche del día once un verdadero motín, del cual resultaron 13 heridos, que se sepan, y siete detenidos españoles y cinco alemanes; estos fueron luego puestos en libertad. Pertenecían a la tripulación del *August*, buque de guerra del Imperio.

La causa del motín fué el llamado «Toro de fuego, despedida del Carnaval», que se quema el último día en la fiesta pirotécnica, con la que aquí terminan las de Carnestolendas, desde muy antiguo.

El público rompió el cordón de policías y destruyó por completo el toldo y todos los árboles, prendiéndoles fuego y produciéndose un espantoso y peligroso escándalo.

Los miqueletes trataron de contener a las turbas, pero no lo consiguieron, sino que fueron insultados y arrollados.

Las autoridades pidieron fuerza de la guardia civil, y mientras ésta llegó, apedrearon y rompieron las bombas y faroles de todas clases del alumbrado público, dejando la plaza y calles adyacentes al sitio del suceso en completa oscuridad, produciéndose mayor confusión.

Un inspector de policía fué insultado y golpeado con su propio bastón de autoridad, que fué roto encima de él. Un hecho análogo le ocurrió al jefe de la policía municipal.

Las autoridades exhortaban a los grupos, pero si momentáneamente conseguían acallar el escándalo, instantes después se reproducía con más fuerza, en términos que las parejas de la benemérita que llegaron entonces tuvieron que dar varias cargas para despejar la plaza y restablecer el orden.

Entre los detenidos había muchos que estaban completamente ebrios.

El gobernador suspendió los bailes anunciados y las funciones de teatros, desalojando aquellos, donde se habían comenzado ya los espectáculos.

Entre los heridos figuran el vicepresidente de la Diputación don Sebastián Camino, víctima de un ladrillazo en una pierna, y una niña de diez años.

La guardia civil pudo, por fin, sofocar el tumulto, quedando por las calles toda la madrugada numerosas patrullas, constituyéndose rete-

nes de la fuerza armada en el ayuntamiento y en el edificio que ocupa el gobierno civil.

El señor Merino, ha declarado en Bilbao que el proyecto de ley fiduciaria se modificará ampliamente.

Que las Cortes durarán hasta fines de Marzo.

Y que la crisis será parcial ahora, en breve plazo, continuando los liberales en el poder después de la proclamación del Rey, siendo probable que el señor Moret acepte una cartera y el marqués de la Vega de Armijo presida el Congreso.

Motín en San Fernando

En la Isla de San Fernando hubo ayer un motín producido por los obreros salineros en huelga.

Personas llegadas de San Fernando nos dicen que los sucesos se originaron en principio contra unos seis trabajadores de los contratados para sustituir a los huelguistas, y que se dirigían para hacer el costo al domicilio del Sr. Sánchez Mellado, vocal del Concierto.

Un grupo de mujeres y chiquillos apedrearon a dichos trabajadores, que tuvieron que refugiarse en el domicilio expresado.

Fué luego el grupo engrosando hasta reunirse unas 700 personas, según algunas opiniones, y mayor según otras, y apedrearon el domicilio del Sr. Sánchez Mellado, rompiendo los cristales, maderas de los cierros y mamparas.

Ya en actitud de resuelta hostilidad, recorrieron los manifestantes distintas calles de la población, apedreando y rompiendo los cristales de los domicilios de los señores Lazaga, Mora Barbero, alcalde de San Fernando, Rapallo, Garrido Iquino, D. Horacio Pérez y otros.

En el establecimiento del Sr. Mora Barbero hicieron mayor destrozo, porque sacaron una cama que despedazaron en la calle, y rompieron una porción de sombreros, guitarras y todos los objetos que estaban en los muestrarios.

Frente al Ayuntamiento vociferaron dirigiendo apóstrofes a los Vocales del Concierto: pidieron que saliera el Alcalde, y el señor Juez de primera Instancia que estaba en su despacho, salió al atrio de la casa Ayuntamiento. Preguntó a los amotinados qué querían y contestaron que pan para sus hijos.

Aconsejóles la autoridad judicial que se disolvieran porque incurrían en responsabilidad de no hacerlo, y tendría la autoridad que tomar disposiciones para evitar lo que ocurría.

De allí dirigieronse a la casa del Sr. García Rapallo para hacer lo que ya queda referido, y por último a la casa del Alcalde, donde también apedrearon, y en aquel momento cayó una granizada fuerte, que disolvió de momentos los grupos.

En éstos predominaban mujeres y niños: una de ellas llevaba un pañuelo rojo en la punta de un palo á guisa de bandera, y otra se había puesto un sombrero de los que existían en el establecimiento del Sr. Mora Barbero.

Contra esta individuo se ha dado, por lo que se dice, orden de detención, por figurar como una de las más furiosas agitadoras: una mujer rubia, como de veintiseis años de edad y que era una de las que más señalaban arrojando piedras.

A la presencia de la guardia civil en los domicilios apedreados, los manifestantes se disolvieron aplaudiendo á la benemérita.

Un municipal que apaleó á otro sujeto fué comocionado de una pedrada.

El señor Lazaga, que se dirigía á su domicilio cuando lo estaban apedreando, entró en el del señor Ambulody, invitado al efecto por sus amigos.

El señor Garrido Iquino, cuyo domicilio también apedrearon, tiene una hija gravemente enferma.

Uno de los ayamontinos apedreados resultó herido en la cabeza.

Todos los domicilios quedaban custodiados por la Guardia civil y la municipal.

Se tomarán precauciones por si se intentara repetir los desórdenes.

Cuando empezó el apedreo al domicilio del Alcalde, se hallaba en la azotea una señora de la familia y un niño, mirando con curiosidad lo que pasaba, sin darse cuenta que era su domicilio el apedreado, y teniendo que retirarse cuando las piedras llegaron á dicha azotea.

Al empezar el desorden, el presidente de la sociedad de barqueros manifestó al señor Alcalde que los socios barqueros eran ajenos á la manifestación que se verificaba.

De Cádiz y Jerez se enviaron fuerzas de la Guardia civil á San Fernando.

Según las últimas noticias, el orden ha quedado completamente restablecido.

Páginas para las damas

UN ESTUDIO DIFÍCIL

El más difícil de los estudios para el imperfecto ser humano, es, indudablemente, el de sí propio; de tal manera estamos acostumbrados á usar de benevolencia al tratarse de nosotros mismos, que es moneda corriente tomar por cualidades lo que son en realidad lamentabilísimos defectos.

Desde Sócrates, que en los antiguos tiem-

pos hiciera radical la base de su inmortal filosofía en el famoso «Conócete á tí mismo», hasta los filósofos modernos, de renombre universal, todos los pensadores han convenido en reconocer que la revelación del verdadero talento, de la ciencia positiva, consiste en el detenido estudio de los defectos propios, para corregirlos en lo posible y despertar en nosotros, además, un fondo de benevolencia grandísimo para los defectos ajenos.

Desde luego, entra de lleno en las más rudimentarias leyes del buen sentido sacar la consecuencia de que, si nosotros no somos perfectos, tampoco debemos exigir perfección en los demás, tan sujetos como nosotros á debilidades y errores.

Descartemos en principio de este estudio á los tontos, porque los tontos no conocen nunca que lo son, y, por el contrario, creen poseer la mayor suma de las perfecciones humanas.

Aparte de ellos, el sér dotado de regular inteligencia y recto corazón admite sin dificultad la aseveración de que tiene defectos, pero pocos, eso sí; de los que convienen en reconocer sus defectos, ponen de su parte lo necesario para enmendarse.

Y la falta de ese empeño, que sería de todo punto saludable, estriba en que nadie considera graves los defectos propios. Sin duda por esto somos tan severos con los defectos ajenos.

Decimos que la conciencia es recto juez, al que no logramos engañar; en efecto, en mil ocasiones de la vida, la conciencia levanta su severa voz para reprender nuestras culpas, pero no siempre; y comunmente para lo que llamamos pequeñeces de la vida, detalles insignificantes, enmudece, siendo así que de detalles y pequeñeces dependen, en gran parte, las cosas más trascendentales de los destinos humanos.

Si nos acostumbráramos á ser severos con nosotros mismos, á juzgarnos desposeídos de toda lenidad, la conciencia hablaría á menudo en voz alta, dentro de nosotros mismos, y seríamos por ello mejores; mucho mejores de lo que somos.

La mujer especialmente, que á causa de la educación superficial que recibe no se dedica á ese estudio íntimo, quizá es el sér á quien más importa analizar lo que piensa y siente en el fondo de su alma, albergue predilecto de delicadas ternuras, mal dirigidas á veces, y también de los más tristes errores, nacidos precisamente á causa de una impresionabilidad por extremo desarrollada.

Conociéndose la mujer á sí propia, no tomaría por amor, como tantas veces ocurre, deslumbramientos fugaces del espíritu, y que, por lo tanto, no debieran estar llamadas á marcar época en nuestra existencia.

Uno de estos engaños, tan frecuentes en el tierno é impresionable corazón de la mujer, determina muchas veces la desgracia de toda su vida, porque acaba por enlazarla á un hombre sin afinidades reales con ella.

El desconocimiento propio femenino, aun dentro del matrimonio, es causa frecuente de irremediables desdichas, porque en ocasiones, haciendo radicar en el marido ó toda la culpa, no vemos claro que una gran parte de ella nos corresponde á nosotras.

También la madre, no reconociéndose suficientemente á sí misma, como debiera, al educar á sus hijos no puede, no acierta á salir al encuentro de determinados defectos, para combatirlos y extirparlos.

Somos las primeras, nuestras amadas lectoras lo saben, en tratar de que desaparezcan tantas injusticias como abruma á la mujer; en entusiasmo nadie nos gana cuando se trata de defender á nuestro calumniado sexo; pero cerrar los ojos á la evidencia, no discurrir sobre defectos femeninos, que están á la vista, sería la negación tácita del buen sentido, y á ello no llegaremos jamás, mientras un claro entendimiento sirva de norte á nuestros trabajos.

No enumeraremos en el presente artículo uno por uno los defectos femeninos, cuya extirpación reclama la marcha progresiva de los tiempos; lo hemos hecho en otras ocasiones, y en la actualidad sólo detallaremos aquellos que pudieran parecer olvidados, sin embargo de que no lo son; hoy tratamos sólo en globo de los mismos, para hacer constar que muchos, infinitos, se corregirían sin censor, con solo que la mujer se propusiera el estudio de sí misma, despojándose de la natural benevolencia á que la inclina el propio egoísmo.

Puestas en este terreno de estudio, á la clarísima inteligencia femenina poco puede ocultarsele; si investigo en el fondo de su sér, con voluntad firme de encontrar algo que corregir, debiendo animarla en esa árdua tarea, á cuyo fin ha de sonreírle una victoria por todos aplau-